

Autor: Roberto Harari – Mayéutica-Institución Psicoanalítica

Título: La inhibición ¿incumbe sólo al cuerpo? ¹

Dispositivo: Plenarios

“¿Cómo llamar a un momento que dura menos de un momento pero va a cambiar una vida? *Fatum* es fatuo. Destino es cuando una fuerza irresistible tropieza con el objeto inmóvil que tú eres. Destino es también desatino”.

G. Cabrera Infante, *La ninfa inconstante*

“De la misma mónada....:

Nada de nada! El mito siempre acaba en timo....”.

J. Ríos, *Larva*

- Localizada desde Freud en una proximidad fenoménica con el síntoma –del cual resulta tantas veces difícil diferenciarlo-, la inhibición -ésta es la base de la propuesta- no es sino *estofa de lenguaje*, en una de sus manifestaciones más difíciles de captar para el sentido común, y para el empirismo del observable “en bruto”.

¹ Como lo aclara Lacan, mentar lo “primordial” no es lo mismo, ni mucho menos, que dar pie a lo “primario”, donde de inmediato se precipitan las cuestiones del origen, de la genealogía y -por qué no- del presunto desarrollo evolutivo “psicológico”, donde se encuentra, esperándolo, el adulto psicólogo, para que el enfermo “pase” a una -presuntamente- secundariedad beneficiosa (que no es otra que la del psicólogo ofertado a la identificación imaginaria). En suma: primordial no comporta primero en el tiempo cronológico, no se inscribe en un ordinal, sino que conlleva -claro: con todas las ambigüedades propias del tratar de “entendernos”- lo básico, lo decisivo, lo cardinal, y sentidos afines. Por cierto, es en esta significancia que se inscribe nuestra propuesta, a la cual cabe aunar el carácter -también decisivo- que le asignamos a las coincidencias sónicas impredecibles, azarosas, y al papel de la discontinuidad en lo referente a las mismas, lo cual dista del hegeliano continuismo epistémico inherente a la psicología del desarrollo.

- -Mas no apunto con ello a alguna frase “encarnada” corporalmente –se califique al mentado cuerpo como R, y/o S y/o I-, sino como un acontecer decisorio y constituyente de la posición subjetiva.
- O sea, dado que esta última se funda en el lenguaje, se trata de su decurso, de su despliegue, de su puesta en habla, según cruciales singularidades que cabe destacar y señalar.
- Retomo, en tal orden, desarrollos de los últimos años donde fui proponiendo cuestiones referentes a cierto sesgo que permite concebir la posibilidad de hablar, tolerando en ese respecto el no saber muy bien de qué se habla, pero con un cierto alcance preconsciente atinente a las limitaciones del malentendido y del equívoco, tales que nos permitan –hecha la salvedad: con muchas comillas- “entendernos”.
- La inhibición se vincula, desde Freud, con un debilitamiento de la “función” –básica, pero no exclusivamente-, de tipo corporal en cuanto a su aprehensión más obvia, visiva incluso (p. ej., la locomoción). Es decir: con un descenso en la posibilidad del desempeño pleno que cabría esperar de la misma, lo cual se debe a la “precaución” del analizante y/o es el resultado de un empobrecimiento de energía, siempre a su entender.
- Postulo, en ese orden y ese respecto, la eficacia de la freudiana “contraocupación”, sostenedora de la represión tanto como de la cobardía moral y de la estulticia (sandez, bobería, tontería, muchas veces “coronada” por una llamativa arrogancia despectiva y autosuficiente).
- ¿Qué se inhibe, entonces? El estar sometido a la ingobernable e insoslayable situación de registrar los sonidos sin ton ni son, circunstancia inevitable a la cual se encuentra expuesto el lactante, imposibilitado –a diferencia de lo que sucede con lo visual- de detener y/o de atenuar tales sonidos y/o de fugarse de los mismos, porque no cuenta ni con párpado ótico ni con el sostén firme de su cabeza móvil para lograrlo. Pansonikón –y no tan sólo- panoptikón, entonces, que retorna –como puntuación inicial- en las alucinaciones, siempre verbales aunque no fuesen auditivas, tal como lo señalase Lacan.
- Con ello no hago alusión al grito freudiano, que sería emitido endógenamente “desde adentro” –el cual es tributario, casi confeso, de la conocida “expresión de las

emociones” de raigambre darwiniana-, pues me refiero al objeto a voz, que es un constructo derivado del envolvente magma sónico antedicho.

- En ese magma sónico, de ese magma sónico, surgirá, por inhibición, la voz, dando lugar –desde el campo del Otro primordial- a lo que he llamado *pulsión fonante*, pues no se trata de denominarla “invocante” –se sabe: ésa es la propuesta de Lacan, a mi modo de ver fallida por cuanto alude así, de una manera no demasiado implícita, al simbólico Nombre- del-Padre. (Tampoco sería pertinente tal denominación incluso cuando aquél resulta pluralizado).

- Para alcanzar la oreja del Otro, las palabras deben poder ser “cortadas”, perdiendo entonces su condición “inicial” de *palabras-valija* –trufadas, embutidas, irreconocibles- pudiéndose sentar las bases de la menguada “dialogicidad” a la que tenemos parcial acceso los parlantes. Esta operatoria castrante, entonces, es la responsable de que, en fin, hablemos mal, poco, a medias, dudemos, seamos contradictorios –obviamente, casi sin percarnos de ello-, sin saber qué decimos ni qué pretendemos transmitir, y a que, muchas veces, nos cansemos de hablar y adoptemos el silencio mítico como refugio desesperanzado (fenoménicamente).

- La asociación libre, por medio de su notable – y en apariencia inocente- consigna, procura entonces la reintroducción legitimada de la estulticia, de la tontería, de la sandez, de la cobardía moral –no exenta de tristeza- ante el ofrecimiento por tomar la palabra sin planes ni censuras, renovado sesión tras sesión en la cura analítica.

- Por cierto, también del analista se pretende de tal forma que dé un paso más allá de la interpretación de lo Simbólico extendido y generalizado, para retomar, por su parte, el *Realenguaje*, ese punto donde, por medio de lo sónico, pudiese llegar a tocarse alguna punta de lo Real, a través de su atención flotante. ¿No será allí donde Lacan muestra cómo Joyce, en particular su *Finnegans...*, constituye uno de los fundamentos insoslayables del psicoanálisis, avanzando donde no nos alcanzan ya tan sólo los freudianos?

- De otro modo aún: cada vez que hablamos, inhibimos “comunicacionalmente” la emisión de palabras-valija, hasta que por alguna “brecha” ésta acaece -o es audicionada por el analista, lo cual suele determinar un efecto similar al ser verbalizada en la cura-, sucediéndose la muy habitual – y bienvenida- commoción

sobrecededora a ese respecto. Se gestan así las condiciones para una inflexión no transitoria –especialmente porque la cuestión retorna, en la medida en no se trata de *insight* alguno- en la posición subjetiva del analizante.

- O sea: el modo de inhibir el hablar “como los locos” es el precio del acceso a la cultura: he ahí la represión sexual, he ahí la *cesión* sostenida por la puntuación freudiana, lo cual, es obvio, nada tiene que ver con eventuales mudanzas sexuales empíricas costumbristas, victorianas, liberales, multisexuales, queer, o lo que fuese, porque no se trata, mal que les pese a tantos- de “fabricar” –a piacere- el ¿propio? sexo al modo de un nuevo *gadget* capitalista para intervenir en el mercadeo de los cuerpos.

- Porque cada vez que hablamos, de modo por supuesto “automático”, “espontáneo”, se pone en obra la antedicha contraocupación inhibitoria y castrante. Mas para el analista – y allí, creo, radica el desafío- se trataría de concebir al lenguaje como compuesto en su conjunto virtual –si puede decirse así- por eventuales palabras-valija en el decurso mentado.

- -Por cierto ante ellas ya no le cabe tan sólo “escuchar el significante” sino, como recién proponíamos, *audicionar*, y volver a poner tales palabras-valija en acto en sus incidencias en la clínica. Para ser más claro: no excluimos de manera maniquea, sino que suplementamos procederes en aras de no sacralizar insuficiencias.

- Campo, pues, de la *vocología psicoanalítica*, ya que se trata, insisto, de la pulsión – y de su ligazón con la inhibición, raigal sin duda para Lacan a partir de la cupla tórica introducida y escrita en su *Seminario 25*, mas anunciada sin cesar en su enseñanza-, de la pulsión, decía, y del cuerpo, puesto que hablamos con el mismo, inhibiéndolo a su vez para poder hacerlo sin manierismos, bizarrierías o estereotipias motrices o de tipo seudo cataléptico.

- Por no mentar, de manera suplementaria, una ilimitada fuga de ideas verborreica que deja al sujeto exhausto.

- Claro, a menos que ello obedezca a alguna actividad “planificada”, al estilo - pero tan sólo estilo- del *gag* humorístico, donde prima, por lo general, la mímica gesticular y la asociación fónica parcial e incessante en desmedro del chiste verbal, mas sin llegar a la fatiga ingobernable, donde el cuerpo “cae” ante la impulsión.

- Allí radica el porqué de la pertinencia de la noción de pulsión “inhibida en cuanto al fin”, que muchos confunden gravosamente con la sublimación. En realidad, aquélla se encuentra nocionalmente próxima de la “barrera-contacto” del *Proyecto freudiano* de 1895.
- Dos precisiones más: no se trataría tan sólo del conocido *parlêtre* de lo Simbólico, sino también del llamado por P. Quignard “ser del balbuceo”, ya que es así, balbuceando, como creemos comunicarnos, y es como suelen hacerlo con harta frecuencia los analizantes en su habla, dando pie a los equívocos y a los malendendidos de los cuales se “toma” con fecundidad el analista (cuando no son propuestos por su parte).
- Intentamos, por medio de estas precisiones, dar cuenta de un capítulo crucial de *lalangue*, vocablo tan reiteradamente citado en su nombre específico como poco trabajado en sus innúmeros y valiosos alcances, en especial en la clínica.
- Un quiasma adoptado y adaptado a partir del incluido por Lacan en su conocido *Seminario 11* respecto de lo escópico, mas trasladado por nuestra parte a la pulsión fonante: “Jamás me audicionas desde donde te hablo”, y “Lo que escucho nunca es lo que quiero oír”. En efecto: se trata de las improntas lenguajeras -no de las huellas mnémicas, ni de las representaciones, ni tampoco de los significantes del índice que fuese-, pues éstos son parte del *logos*, de sus metáforas y de sus metonimias, lo cual en modo alguno resta invalidado por la presente propuesta.
- Ahora bien, es con tales improntas, o -al estar de Lacan en Niza, 1975- con tales “impresiones lenguajeras”, con quienes, eficaces en su olvido presunto, se pretende sostener, una y otra vez, una relación incestuosa.
- He ahí la “atracción” -propia de la represión primordial, postulada por Freud - por cuanto tales *phoné* remiten –mas no “son”- al cuerpo de la madre, a la bien llamada “lengua materna” en tanto perdida (por cierto, no es el idioma).
- -Es que no se trata de un direccionamiento tendiente hacia la “corporeidad” materna, y ni siquiera de un volcarse ante la investigación de las propiedades fálicas imaginarias de ella -renegadas o no-, sino hacia esas marcas, improntas o impresiones ante las cuales el neurótico se detiene, por precaución en lo manifiesto, y restándose con cobardía moral notorias energías para la vida, mas sosteniendo dicho autoerotismo larvado (sin una necesaria fricción de órgano, o “vaciando” su

cuerpo de la consistencia de raigambre espectral, por lo cual pareciese estar aquél en falta, al modo de la pulsación vibrátil. Esto es: falta corporal repentina, mas reversible).

- Tal la base donde suelen enhebrarse los axiomas fantasmáticos –el básico: la utopía erótica ensoñadora del volver a hacerse-uno-, axiomas organizadores tanto del acontecer desmochado como de los síntomas del analizante, que no se agotan en la respectiva significación fálica, pues articulan un goce fonante, como punta corporal de lo Real del sexo.
- Vista la puesta en obra efectiva de la inhibición aludida, se trata de incluir una nueva esquizia: así como la hay entre el ojo y la mirada, debemos tomar en consideración la esquizia del habla y de la voz. Sí: no de de la voz y del oído, porque si oigo oírme –siguiendo el clásico ejemplo del “verse-verse”, desglosable al infinito por acción del suceder-se de la conciencia-, no viviríamos sino en una alucinación constante.
- Freud concibió esta circunstancia al insistir en el carácter alucinatorio de la vivencia de satisfacción, y en la renuncia libidinal imprescindible para separar lo Real de lo Simbólico a los fines de no “perderse” en la confusión psicótica que sostendría la misma (dicho ello, claro está, con las categorías lacanianas).
- El punto es si esto sucede con lo visivo-perceptivo, tal como lo da a entender Freud, o con la dupla sonante-fonante, tal como surge de nuestra propuesta.
- Colocamos así el objeto a voz no como último, sino como primero de la serie de los “aes” de los cuales es preciso desembarazarse, separarse, para consolidar la operatoria causal de la posición subjetiva.
- Esto es: tornarlo “cayente”, duelo mediante, puesto que la voz es “in-corporada” –“hace” al cuerpo- y no es asimilada de acuerdo con estructuras preexistentes, donde las zonas erógenas se encuentran prefiguradas, si cabe, para pasar de la condición de orificio a la de agujero, una vez pulsionalizadas sexualmente.
- Al respecto, señala Lacan que la pulsión “[...] es el eco en el cuerpo del hecho de que hay un decir”. (Seminario 23). Tan sólo así –el eco es tributario de la repetición, mas no requiere para su efectuación la presencia constante de la fuente emisora, pero sí de un cuerpo capaz de “sonar” ante el pansonikón –, tan sólo así, decía, podría llegar a recortarse, vía significante, el conocido “pecho” kleiniano, que

no deja de tener en Freud sus antecedentes en lo que se refiere a la presunta génesis del deseo inconsciente a partir de la necesidad del bebé por el alimento.

- En nuestro discurso, conforme con el *Seminario 25* –que no hace sino acompañar retroactivamente el “paso” enseñante freudiano- nos trasladamos de manera consecuente desde lo inconsciente hacia la pulsión, la cual es “recortada”, en sus términos componenciales, debido a los cortes duelizadores del laleo del Otro primordial, quien obviamente habla, a más de lalear-le a su infans, lo cual va “cavando” su lugar como imprescindible falta en el Otro al dirigirse a “lo Padre”.

- Por otro lado, el eco requiere un corte en el magma sónico –de lo contrario, no sería sino un enloquecedor ulular sin pausa.

- Planteamos entonces la vigencia en acto – y la consiguiente necesidad de elevarla como concepto del psicoanálisis- de una *inhibición primordial*, dinamizada, como decíamos, por la llamada por Freud “represión primordial”. Así, esta última ni es mítica ni responde a una necesidad metapsicológica de orden especulativo, tal como ha sido postulada innúmeras veces por epígonos, divulgadores o incluso psicoanalistas.

- Pero, en el mismo orden, la inhibición primordial tampoco alcanza meramente a alguna “función” corporal en especial. En todo caso cabría concebirla –y postularla- como una imprescindible “inhibición general(izada)”, lo cual, por otro lado, no implica melancolización ni “detención del desarrollo” de ningún tipo.

- Antes bien, comporta en todo caso el lanzamiento de la compulsión a la repetición y de la vigencia de la autopunición respecto de la tendencia libidinal a “ser un loco” fonante.

- Loco fonante, lo reitero, en orden a permanecer atrapado con vistas al incesto gozoso al encontrarse “envuelto” y atraído por las impresiones lenguajeras del Otro primordial.

- En ese mismo respecto, dicha *inhibición primordial* no da cuenta de un eventual acontecer sucedido en el pasado –y al que habría que “historizar”-, por cuanto ella se pone en obra cada vez que tratamos de hablar (no necesariamente, ni mucho menos, de decir).

- Mas así destacaríamos tan sólo una suerte de “déficit” connatural del balbuceante, lo cual dista de ser cierto por tratarse de una afirmación parcial, pues

tal procura “impresionista lenguajera” –inalcanzable para el neurótico, quien no continúa sino preludiando tras la busca extraviada de una canción que, por supuesto, le es desconocida. Pues bien, tal procura, decía, subtiende de modo homogéneo a lo llamado por Lacan, llevado una vez más por Joyce, sinthoma (escrito por él en griego: Σ, ‘sigma’).

- El cual, al encontrarse escrito llamativamente en una letra de otro idioma, señala la presencia de una consistencia fecunda que atrae –cual atractor extraño– hacia delante y ata al sujeto empujándolo hacia la vida, en aras de “abrocharle” la procura incestuosa de un modo no idiota, insertándolo en un goce sinthomal no “podrido”.
- Ante ello, podrá inscribir el correspondiente tope ante la demanda del Otro, poniendo en acto el sinthomático “pero no eso”, cuando su tendencialidad neurótica lo conducía, como respuesta-demanda, al hipotético “Todo” de ser fantasmáticamente “Uno” de acuerdo con los atractores de punto fijo y de ciclo límite.
- En tal respecto, el sinthoma constituye un quiebre -parcial, es claro- de la repetición, de la predictibilidad, debido el relevamiento de la cobardía moral en aras de la propuesta de significantes nuevos, capaces de traccionar “hacia delante”, vía dominancia de la pulsión de vida.
- Tales significantes nuevos no deben ser confundidos con neologismos psicóticos, sino con un “atreverse” a jugar de otro modo con la mentada “sensibilización” a la dependencia de las condiciones iniciales, nominando de una manera inédita su experiencia de la vida, más allá de los preludios. O sea: es función de la inhibición primordial lo atractor con relación al orden, mas también le compete la puesta en marcha pulsional.
- Puesta en marcha que impele al alejamiento, con la paradoja de que tal alejamiento no es sin el “arrastre” de, y por, las impresiones “mismas” (que han dejado la mismidad de lado). Ley del aparente desorden, regido por uno -o más atractores llamado “extraños”, ya que no pueden preverse sus vueltas, mas sí sus campo de despliegue. Puesto que la pulsión no es un ente ni una sustancia, sino un vector, vale decir, el signo matemático de algo que se trata de justificar, en sus variaciones no metafóricas.